

Este oficial extranjero era un polaco, y se llamaba Kosciusko.

El efecto que la rendición del cuerpo de ejército de Bourgoyne (17 de Octubre de 1777), causó en Europa fué prodigioso. Recibióse la noticia dos meses después que había tenido lugar, esto es, el

día 16 de Diciembre, y desde este momento, Maurepas, comprendiendo que iba á ser arrastrado á la guerra por la opinión tanto como por la irritación que en Inglaterra había de causar la pérdida de un ejército y de un general como Bourgoygne, se adelantó á entablar negociaciones con los comisionados



Franklin en el laboratorio de Marat

de América, firmándose por fin el día 6 de Febrero de 1778 los tratados de paz y amistad, y de alianza entre los Estados-Unidos y Francia «por mientras durase la presente guerra.»

Francia creyó que le bastaba haberse comprometido á ello para que España le siguiera, si es que el conde de Aranda no mantuvo y crió esta ilusión, pero Floridablanca, como el mismo nos ha hecho saber en su *Instrucción reservada* para gobierno de la Junta de Estado: «Contra su dictamen y oficios se empeñó la corte de Versalles en su tratado de

alianza con los Estados-Unidos de América, y lo concluyó sin su noticia y consentimiento, aunque estaban pendientes las negociaciones sobre un punto tan grave que verosimilmente había de producir una guerra.» Aun «después de este primer paso dió la Francia el segundo, más atropellado si cabe; pues notificó sin mi noticia el tratado á la corte de Londres» (14 de Marzo de 1778), para la que todavía era oculto, ó muy dudoso, y apresuró por este medio extravagante el rompimiento y la guerra, sin estar competentemente prevenida para hacerla. A

pesar de estos pasos inconsiderados, pretendía la Francia, que la España estaba obligada á unírsele para la guerra, en virtud del pacto de familia y de la alianza contenida en él. No puede darse mayor prueba del espíritu de dominación que reinaba en el gabinete francés, pues sin contar con la España, quiso empeñarla en una guerra, como podría hacerlo un déspota con una nación de esclavos.»

La actitud resuelta del gobierno francés hizo creer al de Inglaterra que España iba á entrar también en lucha, y como las probabilidades de ésta no eran las mismas de tener que combatir á las dos potencias aliadas, Lord North no recogió el guante que con tanta imprudencia le lanzó Francia, como hubiera querido su irritada y orgullosa patria. Antes creyó que debía averiguar cuál era la actitud de España.



Princesa LAMBALLE

Así tuvo que sufrir que Lord Chatham, que se presentó en la Cámara apoyándose en su muleta, y que se levantó á hablar sostenido por su hijo Guillermo Pitt y su yerno Lord Mahon, quien siempre había defendido á las colonias insurrectas, y ya en las ansias de la muerte, pronunciara un vehemente discurso en favor de una guerra sin cuartel en los mismos momentos en que su gobierno buscaba un medio de avenencia con sus colonias. «En nombre de Dios,— terminó diciendo,— si es absolutamente necesario elegir entre la paz y la guerra, si la paz no puede conservarse con honor, ¿por qué no declarar sin vacilaciones la guerra?»

La guerra no se declaró, se hizo, pero se hizo mal por una y otra parte; pues Inglaterra, que no estaba ni preparada ni convencida de la neutralidad de Es-

paña, observaba mientras apresuraba sus armamentos, y Francia, mal dirigida, no supo aprovechar la superioridad de sus primeros momentos. Así la guerra no se formalizó, aunque sin declararse, sino cuando el almirante inglés Keppel se presentó el día 17 de Junio de 1778 delante de Brest con una escuadra de veinte navíos, y atacó dos fragatas francesas que halló fuera del puerto apoderándose de una de ellas. Keppel supo por los prisioneros de la *Licorne* la superioridad de la escuadra francesa reunida en Brest, y con su presa se retiró á Portsmouth. La escuadra de Brest no se hizo á la mar hasta el día 8 de Julio, y el 27 las dos escuadras se encontraron frente á frente á la altura de la isla de Ouessant. La batalla quedó indecisa, pero los ingleses fueron los que se retiraron, pues tenían el viento

para atacar. Una de las alas de la escuadra de Orvilliers la mandaba nominalmente el duque de Chartres que llevaba por jefe de escuadra á La Motte-Piquet. Cuando se le hizo señal para que maniobrase para cortar la línea inglesa, no se entendió la orden y el mismo Duque se marchó á bordo del jefe para saber de qué se trataba. Cuando se hubo enterado era ya tarde para realizar la maniobra. Cuando esto se supo en París, la corte, que había hecho un gran recibimiento al duque de Chartres por su bravura, cambió de tono y se empleó en desacreditarle y en acusarle de cobarde, diciendo de él que al empezar el combate se había escondido en la cala del buque que montaba. Y como estas murmuraciones tomaron grande cuerpo, la Motte-Piquet se consideró agraviado y salió á su defensa. Pero así y todo el duque de Chartres fué revelado de su mando, trocando su título de teniente general de los ejércitos de mar por el de coronel general de los húsares. El duque de Chartres no olvidó nunca la ofensa que se hizo á su honor. El duque de Chartres se llamó después, por fallecimiento de su padre, duque de Orleans, pero la historia lo recuerda especialmente por su nombre revolucionario de Felipe *Igualdad*.

Si en los mares de Europa la guerra no fué desastrosa para Francia, en los mares de la India le fué fatal. Los ingleses se apoderaron de todas las posesiones que aún tenían los franceses en el Indostan, y Pondicheri se rindió á los ingleses el 17 de Octubre de 1778. Quedaba sólo á los franceses la fuerte posición de Mahe, que se rindió sin luchar, falta de medios de defensa, el 20 de Marzo de 1779. Los franceses habían sido, pues, expulsados de la India.

No obtuvo mejor fortuna la bandera de Francia en los mares americanos. El vice-almirante de Estaing había salido con su escuadra de Tolon el 13 de Abril de 1777, llevando á bordo el primer embajador de Francia en los Estados-Unidos, y los vientos, siempre contrarios, no permitieron á de Estaing llegar á la desembocadura del Delaware hasta el 7 de Julio. Sin este retardo, el cuerpo de tropas que se había apoderado de Filadelfia y que tuvo tiempo de escapar á Nueva-York, hubiese tenido que rendirse como el de Burgoyne, lo mismo que la escuadra del almirante Howe, muy inferior en fuerza que lo protegía. Pero de Estaing se indemnizó de su tardanza atacando á Rhode-Island, de acuerdo con el ejército americano, distinguiéndose especialmente en el ataque un oficial llamado Suffren, destinado á gran renombre. Pero en lo mejor del ataque, y cuando ya los ingleses, para impedir que cayeran en ma-

nos de de Estaing un navío, cinco fragatas y una corbeta les habían pegado fuego, se presentó el almirante Howe con su escuadra, ya reforzada, obligando á de Estaing á salir al mar. Pero una furiosa tempestad que sobrevino en el momento crítico y duró cuarenta horas seguidas, 11-13 de Agosto, separó á las dos escuadras causándoles grandes averías. El navío que montaba de Estaing fué desarbolado, y sin su destreza y arrojo hubiera caído en manos de un buque enemigo que se había preparado para atacarlo.

El malogro de esta campaña estuvo á punto de romper la alianza franco-americana, pues los americanos creían que habían hecho traición, pero la mala inteligencia que habían producido las circunstancias fortuitas que hemos enumerado, se desvanecieron ante la petición de combatir de Estaing con su marinería en tierra firme al lado del general Sullivan.

De Estaing, después de haber fortificado á Boston se marchó á las Antillas, quiso recuperar la isla de Santa Lucía de que se habían apoderado los ingleses, y fué rechazado, mientras en el Norte los ingleses expulsaban también á los franceses de la isla de Tierra Nueva.

Tales fueron los resultados de la campaña de 1778 que Francia pudo considerar honrosos, tratándose de una potencia marítima como Inglaterra.

Interin corría la campaña marítima, sólo Francia pudo convencerse de la necesidad de la alianza de España para destruir á Inglaterra, y como ésta con su parsimonia y prudencia acreditaba lo que decía nuestro embajador en Londres, conde de Almodóvar, que Inglaterra no tenía fuerzas, y que además se temía una revolución interior, la presión que ejercía Francia de un lado y el conde de Aranda por otro, junto con lo que resultaba de los partidarios del filosofismo que también los había en España, hizo que Floridablanca, que preveía el momento en que Carlos III arrastrado por el pacto de familia decidiría intervenir, procurase hacerse aliados y amigos, precisamente en donde nunca los había tenido. Así se establecieron buenas relaciones de paz y amistad con Federico el Grande de Prusia, mandando un embajador á Berlín en donde nunca lo habíamos tenido, y la misma buena correspondencia se entabló con la corte de Rusia, «con la que había muchos motivos de frialdad y de desconfianza,» dice Floridablanca en su *Memorial presentado al rey Carlos III* renunciando el ministerio, «nacidos de la etiqueta de los tratamientos imperiales y de las ceremonias y pretensiones de aquella corte. Entró

la Francia en iguales ideas, y se consiguió que la Rusia, no sólo no se aliase con la Inglaterra durante la guerra, sino que nos enviase de propósito dos fragatas de su marina, cargadas de efectos navales, en el tiempo que la misma guerra impedía el paso de ellos, para el surtido de nuestra armada.»

Almodóvar, en fin, se trasladó de Lisboa á Londres el día 17 de Enero de 1779, á ofrecer la mediación de España para que cesase la guerra entre Inglaterra y las Colonias de un lado, y de otro entre Inglaterra y Francia. Que en todo esto se obraba con la insidia que nos reprochan los historiadores ingleses, es innegable. Floridablanca, personalmente, podía ser enemigo de la guerra, y quedó por tanto fuera de toda acusación mientras la contuvo, pero la seguridad que tenía el ministro de Estado de verse obligado á llegar á ella, lo prueba el que desde el primer momento se preparó para la lucha. Además España había dado dinero á Beaumarchais, y un puerto á Lafayette para que se embarcase.

Digamos, pues, que la falta de resolución de nuestro gobierno y las preocupaciones políticas, fueron la única causa de que desde el primer momento no se plantease de una manera franca y clara la cuestión de paz ó guerra.

Todo esto se ve de una manera evidente con los tres proyectos que sucesivamente fué presentando Almodóvar al gobierno inglés. Por el primero se pedía una tregua de 25 años entre Inglaterra y sus colonias, durante la cual se arreglarían en pacífico debate los puntos en litigio. Esto no podía aceptarlo Inglaterra, porque equivalía á reconocer de hecho la independencia de sus colonias. Por el segundo, se le pedía una tregua con Francia y sus colonias. Inglaterra no podía aceptar tampoco, pues no sólo se reconocía ahora de hecho la independencia del norte América, sino que además se la pedía que se declarase vencida por Francia. Esta observación hubo de hacer Inglaterra cuando se le presentó el tercer proyecto de arreglo que fué el siguiente: Una tregua indefinida con las colonias y Francia, á condición de reunir, avisando con un año de antelación, un congreso en Madrid, compuesto de representantes de las tres partes, y además uno de España. Este tercer proyecto era igualmente inaceptable, pues sólo se trataba de una satisfacción aparente dada al pundonor nacional y militar de Inglaterra. Conocidos estos proyectos de concordia, es imposible sostener que España no marchara á un rompimiento.

Tanto es así, que precisamente lo funda luégo en la repulsa de sus proyectos de concordia. La guerra, pues, acabó por declararse entre Inglaterra y Espa-

ña en 16 de Junio de 1779. El plan de campaña de las dos casas de Borbón, fué el ideado por el conde de Aranda, esto es la reunión de una armada tan poderosa por su fuerza material que Inglaterra no pudiera resistir, y lanzar cuarenta mil hombres de desembarco á Inglaterra al mando del teniente general de Vaux, quien llevaría en su estado mayor á Lafayette.

Lafayette, tan pronto supo que Francia había declarado la guerra á Inglaterra, pidió al Congreso que le relevara de su compromiso para ir á pelear bajo las banderas patrias la causa americana. El Congreso estimó justa la petición, le dió licencia ilimitada y una espada de honor, y una vez en París, puso en sus manos para Luis XVI la siguiente carta de recomendación:—«Recomendamos á la atención de V. M. ese noble joven á quien hemos visto sabio en el consejo, bravo en el campo de batalla, paciente en medio de las fatigas de la guerra.»—El joven marqués estaba de regreso en Febrero de 1779: «Al pasar á la corte, dice en sus *Memorias*, que hasta entonces no me había enviado más que *lettres de Cachet*, M. de Poix me presentó á los ministros. Fuí interrogado, cumplimentado y desterrado... al palacio de Noailles. Algunos días después, escribí al rey reconociendo *mi falta*. Recibí una ligera reprimenda... y el regimiento Real de dragones. Consultado por todos los ministros, y lo que vale más, abrazado por todas las mujeres, en Versalles gocé del favor, en París de la celebridad.»

Esto nos indica que la guerra continuaba siendo popular en Francia. ¿Lo era en España? «En honor de la verdad, no deja de admirarnos, dice Lafuente, el gusto con que se recibió en España esta declaración de guerra á los ingleses, pues, á juzgar por los ofrecimientos que preladados, cabildos, pueblos y particulares hicieron de sus intereses para atender á los gastos y sostenimiento de la lucha, aparece haber sido en su principio casi tan popular, como la que se hizo á la misma nación en tiempo de Felipe V.» En efecto, los ofrecimientos fueron extraordinarios en todas las clases sociales, y cualquiera que sea la parte que se haga al patriotismo, y al odio que se tenía á los ingleses, todavía queda una buena parte para la simpatía, para la causa de la libertad que se debatía en América.

Inglaterra estaba aterrorizada ante el plan de campaña de las naciones aliadas, y sus mismos historiadores confiesan que, desde la *Armada invencible* no había corrido mayor peligro, pues, tenía desarmados sus principales puertos del canal. ¿Cuáles fueron, pues, las causas del malogro de la